

—Para algunos, pasa por muy avanzado... y muy comprometido.

—¿Y no le inquietan?—volvió a preguntar el periodista.

—¡Psch!—replicó el ingenuo consejero del Imperio.—  
¡Más bien es él el inquietante!

Tadeo dijo con mucho misterio:

—*Se dice que no se puede tocarle*, porque tiene buenas alabas en la Corte, y sería un escándalo...

—¡Calla, Tadeo!—interrumpió rudamente Atanasio Georgevitch.—¡Bien se ve que vienes de provincias! Eres demasiado parlanchín; y si continúas, me alejaré de tu lado.

—Atanasio Georgevitch tiene razón. ¡Punto en boca, Tadeo!—aconsejó Iván Petrovitch.

Los charlatanes callaron, porque acababa de levantarse el telón. Entre la concurrencia se había hablado misteriosamente de la segunda parte del número de Annouchka; pero nadie supo decir de qué se componía, y en realidad fué muy sencilla. Después de un torbellino de danzas y de coros y de todo el esplendor de que al principio habíase acompañado, Annouchka se presentó vestida de pobre aldeana rusa en medio de una miserable decoración de estepa, y con mucha sencillez púsose de rodillas en el proscenio, cruzó las manos, y cantó su plegaria de la noche. Era singularmente hermosa. Su nariz aguileña con las aletas palpitantes, el gallardo trazo de sus negras cejas, su mirada, ya tierna, ya amenazadora y siempre atractiva, la palidez de sus carnosas mejillas y toda la expresión de su fisonomía, denotaban la independencia de sus ideas, la espontaneidad, la valentía, y sobre todo la pasión. Su plegaria fué conmovedora. Tenía admirable voz de contralto, que impresionaba extrañamente al público desde las primeras notas. Tuvo tal manera de implorar a Dios el pan de cada día

para los hombres de la inmensa Rusia—el pan cotidiano de la carne y *el del espíritu*,—que hizo derramar lágrimas a todos los concurrentes, cualquiera que fuese el partido a que pertenecieran. Cuando su última nota se hubo desvanecido en la estepa infinita y se levantó para volver a entrar en su miserable cabaña, bravos interminables expresaron frenéticamente la prodigiosa emoción de un público entusiasmado. Rouletabille, que, aun sin entender la letra, comprendía el sentido de aquella plegaria, también lloraba. Todo el mundo lloraba. Iván Petrovitch, Atanasio Georgevitch y Tadeo Tchitchikof, levantados, aplaudían con manos y pies, como muchachos enloquecidos. Los estudiantes, reconocibles por el uniforme oscuro listado de verde, prorrumpían en gritos insensatos. De repente resonaron las primeras notas del himno nacional. Hubo al pronto cierta vacilación, un instante de ansiedad. Pero fué breve. Los que habían temido una contramanifestación, comprendieron que todas las esperanzas pueden cifrarse en una plegaria por el Czar. Todas las cabezas se descubrieron, y el *Bodje Tsara Krari*, cantado unánimemente, se remontó a los Cielos.

A través de sus lágrimas, el jóven repórter no cesó de mirar a Natacha, la cual se había incorporado, y desfallecida apoyábase en el antepecho de la platea. Su boca entreabierta repetía una y mil veces un nombre que Rouletabille no podía oír, pero le adivinaba: ¡Annouchka! ¡Annouchka! “¡Infeliz!”—murmuró el periodista;—y aprovechando la emoción general, salió del palco sin que nadie lo advirtiera. Dió la vuelta a la sala, y se dirigió a aquella Natacha a quien tan inútilmente buscaba desde por la mañana. El público, que en vano había pedido que Annouchka repitiera su plegaria, comenzaba a dispersarse, y durante algunos instantes el repórter fué a pesar suyo arrastrado por

el remolino humano. Cuando estuvo frente al palco de Natacha, no pudo hacer más que comprobar la desaparición de la joven y de la familia que la acompañaba. Volvió la cabeza a todos lados, sin descubrir a la que buscaba; y como un insensato iba a lanzarse a los pasillos, cuando una súbita idea le devolvió de pronto su sangre fría. Preguntó por la salida de los cuartos de las artistas, e inmediatamente que se la hubieron indicado dirigióse allá precipitadamente. No se había engañado. En la primera línea del público que esperaba la salida de la artista reconoció a Natacha por la mantilla negra que envolvía enteramente su cabeza, pues no dejaba al descubierto parte alguna del semblante. Además, aquella parte del jardín estaba bastante oscura. Algunos guardias vigilaban. No pudo el joven acercarse a Natacha tanto como hubiera deseado, y, sin embargo, se deslizaba como una culebra entre los grupos. Sólo le separaban ya de ella cuatro o cinco personas, cuando se produjo cierto movimiento en las masas. Era que Annouchka acababa de salir. La artista fué acogida con delirantes aclamaciones. Rouletabille púsose de rodillas, y a cuatro patas logró meter la cabeza en el espacio reservado por los agentes para el paso de Annouchka, que envuelta en un inmenso manto rojo, se apresuraba del brazo de un hombre a quien Rouletabille reconoció inmediatamente: era el príncipe Galitch. Era evidente que trataban de esquivar la presión, el cerco de la multitud. Sin embargo, al pasar frente a Natacha Annouchka suspendió un segundo la marcha—movimiento que no se le ocultó a Rouletabille,—y vuelta hacia ella, pronunció esta sola palabra: “¡Caracho!” Luego siguió. Levantóse el periodista, y trató de abrirse paso, pues otra vez había perdido de vista a Natacha. Para buscarla corrió a la salida, y llegó precisamente a tiempo para verla montar en la calesa con la familia Mourazoff. El vehículo

ROULETABILLE EN RUSSIA

se alejó inmediatamente en dirección a la quinta de Las Islas. El joven permaneció a pie firme y en actitud reflexiva. Al fin hizo un gesto, dando a entender que abandonaba al Destino el curso de los acontecimientos. “Después de todo—dijo,—quizás sea mejor así.” Y añadió para su coeto:—“¡Vamos a comer, hijo mío!”

Volvió sobre sus pasos, y bien pronto hallóse en la deslumbrante claridad del restaurant. Allí reinaba la alegría, rociada con champagne. Algunos oficiales, de pie y vaso en mano, se saludaban de mesa a mesa, y cruzaban entre sí mil cumplimientos con gracia casi femenina.

Oyó vocear jovialmente, y reconoció la voz de Iván Petrovitch. Los tres compadres estaban sentados ante una botella de champagne que enfriaban en la heladora, y se hacían servir pastas mientras llegaba la hora de cenar, que ya no tardaría.

Rouletabille se dejó invitar sin oponer dificultad alguna, y los siguió cuando un camarero avisó a Tadeo que reclamaban su presencia en un gabinete particular. Subieron al primer piso, y allí les indicaron que entrasen en un gabinete bastante amplio, cuya gran ventana-balcón daba a la sala del teatro de invierno, en aquel momento vacío. Pero el local ya estaba ocupado. Ante una mesa cubierta con un servicio deslumbrador, Gounsovski hacía los honores.

Los recibió como un criado, con la frente baja, la sonrisa obsequiosa, el espinazo doblado, inclinándose repetidas veces a cada presentación. Atanasio le había descrito con mucha exactitud modelándole en sebo; pero este sebo además era amarillo. Bajo la amplia frente inclinada, apenas se veían los ojos, que aparecían y desaparecían de pronto, como cogidos en falta, detrás de los lentes negros, siempre prontos a caer a causa de la inclinación demasiado acentuada de aquella abyecta cabeza de liberto tímido y todopo-

deroso. Cuando hablaba con su vocecilla de falsete y con el graso mentón pegado a la pechera de la camisa, hacía continuamente con el pulgar y el índice de la mano derecha un gesto peculiar para retener los gruesos vidrios que se deslizaban a lo largo de su nariz corta y gruesa, y este gesto le servía para mayor disimulo.

Detrás de él se destacaba la esbelta y arrogante figura del príncipe Galitch. Gounsovski parecía el mayordomo vergozoso, gangrenado por los vicios, disoluto y ladrón, lacayo habituado a recibir de aquella señoría caricias hechas con la punta de la bota. El Príncipe había invitado a Annouchka, que sólo consintió en arriesgarse en aquella guarida acompañada de tres o cuatro amigos suyos, oficiales que no necesitaban la consagración de aquel sarao para ser sospechosos a la *Okrana*, a despecho de su elevado nacimiento. Gounsovski los vió llegar con una risita siniestra, y les había prodigado todas las muestras de una devoción sin límites, en espera de mejor ocasión.

Amaba a Annouchka. Bastaba haber sorprendido una sola vez la glauca fealdad de su mirada por encima de los quevedos cuando la fijaba en la cantante, para comprender los sentimientos que le agitaban ante la bella hija de Tierra Negra.

Annouchka estaba sentada, o mejor, acurrucada a la oriental en el canapé que corría a lo largo de las paredes detrás de la mesa. No prestaba atención a nadie. Su aspecto era despreciativo y hostil. Con total indiferencia se dejaba acariciar los cabellos, aquellos maravillosos cabellos negros que caían en dos trenzas sobre sus hombros, por las manos perfumadas de la bella Onoto, que aquella noche la había oído por primera vez, y que, presa de ardiente entusiasmo, había ido a su cuarto para arrojarle en sus brazos. La bella Onoto era también artista, y el enojo que al

principio le había causado el triunfo de Annouchka no pudo resistir a la emoción que le produjo la plegaria nocturna ante la mísera cabaña.

—Ven a cenar—le había dicho Annouchka.

—¿Con quién?—preguntó la artista española.

—Con Gounsovski.

—¡Nunca!

—¡Ven! Me ayudarás a pagar mi deuda, y tal vez pueda serte útil. Es útil a todo el mundo.

Decididamente, la bella Onoto no comprendía nada de aquel país, donde los peores enemigos cenaban juntos. Fué, sin embargo, porque no había visto en el mundo trenzas más bellas que las de Annouchka, y adoraba una hermosa cabellera.

Rouletabille cayó inmediatamente en poder del príncipe Galitch, que se lo llevó a un rincón y le dijo:

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Os molesto?—preguntó el joven.

El otro desplegó una burlona sonrisa de gran señor.

—Ya que todavía es tiempo—añadió,—creedme, debéis marchar, alejaros de este país. ¿No os lo han prevenido bastantes veces?

—Sí—respondió el repórter.—Así, pues, podéis excusaros de hacerlo una vez más.

Y le volvió la espalda.

—¡Ah! ¡Es el francesito de la quinta Trebassof!—exclamó la vocecilla de Gounsovski, acercando una silla al joven y rogándole que se sentara entre él y Atanasio Georgevitch, que ya hacía honor a los *sakouskis*.

—¡Buenas noches, señor Rouletabille!—dijo la bella y grave voz de Annouchka.

Rouletabille saludó.

—Ya veo que estoy en país conocido—añadió sin desconcertarse.

E hizo un galante cumplimiento elogiando la maestría de Annouchka, que le envió un beso con los dedos.

—¿Rouletabille?—exclamó la bella Onoto.—¡Entonces, este joven es el del *Misterio del cuarto amarillo!*

—El mismo.

—¿Y qué hace aquí?

—Ha venido a salvar la vida del general Trebassof—dijo a la sordina y riendo sarcásticamente Gounsovski.—¡Es un valiente joven!

—¡La policía todo lo sabe!—replicó fríamente Rouletabille, que le oyó perfectamente.—Y pidió champagne, él, que nunca bebía.

El champagne comenzó a producir su efecto. Mientras Tadeo y los oficiales referían historias de Bakou o hacían cumplimientos a las damas, Gounsovski, que había acabado de chancearse, se inclinó hacia Rouletabille, y le dió con unción consejos paternales.

—Joven, habéis acometido una noble empresa—le decía,—tanto más difícil, cuanto que el general Trebassof no sólo está condenado por sus enemigos, sino también, y sobre todo, por la *ignorancia* de Kuprian. Comprendedme bien: Kuprian es amigo mío, y hombre a quien estimo mucho. Es bueno, y valiente en la guerra; pero para policía no vale un *kopeck*. Desde hace algún tiempo se ha empeñado en jugar a la policía secreta, y tiene su *Okrana*, de la que no quiero murmurar. Nos divierte. Por lo demás, es una moda nueva. Ahora todo el mundo quiere tener su policía secreta. Vos mismo, joven, ¿de qué actuáis aquí? ¿De repórter? No: de policía. ¿Adónde nos llevará esto a vos y a nosotros? Os deseo buena suerte; pero no puedo creer en ella. Notad que si yo pudiera ayudaros, lo

haría de muy buena gana. Me complace mucho prestar un servicio, y no quisiera que os ocurriese una desgracia.

—Sois muy amable, caballero—se limitó a responder Rouletabille, y volvió a pedir champagne.

Varias veces Gounsovski había dirigido la palabra a Annouchka, que comía mordisqueando acá y allá, y le contestaba con displicencia. De pronto dijo él:

—¿Sabéis quién os ha aplaudido esta noche?

—No—respondió la artista con aire indiferente.

—La hija del general Trebassof.

—¡Es verdad! ¡Palabra de honor!—exclamó Iván Petrovitch.

—¡Sí, sí! ¡Allí estaba Natacha!—repitieron los comensales de la quinta de Las Islas.

—Yo la vi llorar—dijo Rouletabille, mirando fijamente a Annouchka.

Pero Annouchka respondió en tono glacial:

—No la conozco.

—¡Es un dolor que tenga tal padre!—murmuró entre dientes el príncipe Galitch.

—¡Príncipe, nada de política, o permitidme que presente mi dimisión!—cacareó Gounsovski.—¡A vuestra salud, linda Annouchka!

—¡A la vuestra, Gounsovski! ¡Pero no hagáis eso!

—¿Por qué?—preguntó Tadeo Tchtchikoff en tono bastante descortés.

—¡Porque es muy útil al Gobierno!—exclamó Iván Petrovitch.

—¡No; a los revolucionarios!—replicó Annouchka.

Todos rompieron a reír. Gounsovski retuvo con un gesto precipitado los lentes que se le escurrían, y toda su blanda grasa se estremeció con una risita de cazurro marrullero, mientras, metiendo la sotabarba en el plato, decía:

—¡Eso se dice, y en eso consiste mi fuerza!

—Y es su propio agente provocador—declaró Atanasio en medio de un loco acceso de risa.

—Su sistema es excelente—vociferó el Príncipe.—Como él está bien con todo el mundo, todo el mundo es de la policía sin saberlo.

—Se dice... ¡Ah!... Se dice... ¡Ah!... (Atanasio se ahogaba con un gran bocado que había empapado en la sopa). Se dice que ha enganchado a todos los *kouliganes*, y hasta a los mendigos de la iglesia de Kasan. Se dice...

A partir de aquí engolfáronse en historias de bandidos y salteadores de caminos, que desde las últimas perturbaciones políticas habían invadido San Petersburgo, y de los cuales sólo era posible librarse con un acto de liberalidad.

Atanasio Georgevitch decía:

—Hay bandidos que sería preciso inventarlos si no existieran. Uno de ellos detuvo a una joven delante de la estación de Varsovia. Asustada la muchacha, inmediatamente le ofreció el portamonedas, que contenía dos rublos y cincuenta céntimos. El bandido se apoderó de todo.—“¡Dios mío!—exclamó la doncella.—¡No voy a poder tomar el tren!—¿Cuánto necesitáis?—preguntó el ladrón.—Sesenta *kopecks*.—¿Sesenta *kopecks*? ¡Haberlo dicho desde luego!—Y el bandido, guardando los dos rublos, devolvió la pieza de cincuenta *kopecks* a la temblorosa jovencilla, y agregó otra pieza de diez *kopecks* de su bolsillo.

—A mí me ha sucedido una aventura más notable hace dos inviernos en Moscovia—dijo la bella Onoto.—Venía de patinar en un recreo, cuando me salió al encuentro un ladrón.—“¡Dadme veinte *kopecks*!”—me dijo.—Me asusté de tal manera, que no acertaba a abrir el bolsillo de mano.—“¡Más a prisa”—añadió el tunante. Por fin le di los veinte

*kopecks*.—“Ahora—añadió—bésame la mano.”—Y me fué preciso hacerlo, porque con la otra blandía un cuchillo.

—¡Oh! ¡Son temibles con sus cuchillos!—dijo Tadeo.—Saliendo del Gastinidvor, fuí detenido por uno de ellos, que me puso delante de las narices un magnífico cuchillo de cocina.—¡Es vuestro por un rublo cincuenta céntimos!—gritó.—Comprenderéis que en seguida se lo compré. Y había hecho un buen negocio: por lo menos valía tres rublos. ¡A vuestra salud, bella Onoto!

—Yo siempre llevo mi revólver—dijo Atanasio.—Es lo más prudente. Lo digo delante de la policía; pero mejor quiero ser detenido por los gendarmes, que mechado por los bandidos.

—¡No hay dónde comprar un revólver!—declaró Iván Petrovitch.—¡Ya no hay armeros!

Gounsovski se aseguró sus lentes, se frotó las mantecosas manos, y dijo:

—Aún los hay en casa de mi cerrajero. La prueba es que ayer, en la pequeña *kaniouche*, mi cerrajero, que se llama Schmidt, entró en casa del especiero de la esquina, y ofreció un revólver al patrón. Sacó una *browning*. “Es un arma completamente segura—le dijo,—que nunca marea, y cuyo manejo es sencillísimo.”—Pronunciadas estas palabras, el cerrajero Schmidt hizo funcionar su revólver, e incrustó una bala en el vientre del especiero, que ha muerto, pero no sin haber adquirido antes el revólver.—“Tenéis razón—dijo al cerrajero:—es un arma terrible.” Y dicho esto, expiró.

Los oyentes celebraron mucho esta historia; les pareció de primera. Decididamente, aquel diablo de Gounsovski tenía siempre oportunas ocurrencias. ¿Cómo no ser su amigo? Annouchka se había dignado sonreír. Gounsovski, reconocido, le alargó la mano como un mendigo. La joven le

tocó en ella con la punta de los dedos, como si hubiera depositado una moneda de veinte *kopecks* en la mano de un bandido; pero lo hizo con disgusto.

Abriéronse las puertas para dar paso a los bohemios, tropa mugrienta que bien pronto llenó la estancia. Todas las noches hombres y mujeres vestidos con sus trajes populares venían del viejo Derevnia, donde vivían en una antigua comunidad patriarcal según costumbres que no han variado desde hace siglos; se dispersaban por los sitios donde concurría gente alegre y por los *restaurants* a la moda, donde recogían amplio botín, porque era un lujo más hacerlos cantar al fin de la cena, y nunca dejaba nadie de proporcionárselo, por poco que uno fumase parte de la sociedad acomodada y estimara su reputación. Acompañábanse con guzlas, castañuelas y tambores, y entonaban antiguos aires dolientes, lánguidos o precipitados, jadeantes como la persecución y la fuga de los primeros nómadas en la aurora del mundo.

Quando hubieron entrado les hicieron sitio, y Rouletabille, que desde hacía unos instantes daba muestras de fatiga y aturdimiento perfectamente explicables en un joven que no tenía costumbre de beber champagne (primeras marcas), aprovechó el momento para tenderse en un rincón del canapé, no lejos del príncipe Galitch, que se hallaba a la derecha de Annouchka.

—¡Vaya! ¡Rouletabille se ha dormido!—hizo notar la bella Onoto.

—¡Pobre muchacho!—dijo Annouchka.

Y se volvió hacia Gounsovski, diciendo:

—¿Cuándo nos librarás de él? Oí que los *hermanos* hablaban el otro día de un modo que causaría pena a los que se interesen por su salud.

—¡Ah!—respondió Gounsovski sacudiendo la cabeza.—

Es asunto que no me concierne. Dirígete a Kuprian. ¡A vuestra salud, bella Annouchka!

Pero ya los bohemios preludiaban sus cantos con algunos acordes, y los coros atrajeron la atención de todo el mundo, excepto el príncipe Galitch y Annouchka, que vueltos uno hacia otro cambiaban algunas palabras resguardados por el estruendo musical. En cuanto a Rouletabille, debía de dormir bien profundamente para que no le despertase aquel estrépito, por melodioso que fuera. Verdad es que—ostensiblemente—había bebido con exceso, y todo el mundo sabe en Rusia que la embriaguez mata a los que no pueden soportarla. Cuando los coros hubieron cantado tres veces, Gounsovski les hizo seña de que podían ir a embelesar otros oídos, y deslizó en las manos del jefe de la banda un billete de veinticinco rublos; pero Onoto quiso aportar también su óbolo, y comenzó una verdadera colecta. Uno a uno fueron echando rublos en la bandeja que les presentaba una negrucha niña bohemia, cuyos cabellos de color de ala de cuervo mal peinados le caían por la frente, tapándole ojos y cara tan picarescamente, que se hubiera dicho que era un sauce llorón empapado en tinta. La bandeja llegó ante el príncipe Galitch, que en vano se registró los bolsillos.

—¡Bah!—dijo en tono de gran señor.—No tengo dinero; *pero he aquí mi cartera*: te la doy como un recuerdo, Catalina.

Catalina guardó el obsequio, y aquella tropa desapareció.

Tadeo y Atanasio se extasiaron admirando la generosidad del Príncipe; pero Annouchka dijo:

—El Príncipe ha hecho bien: mis amigos nunca pagarán bastante la hospitalidad que esa chica me dió en su covacha cuando tenía que ocultarme en espera de que mi suerte se decidiera en vuestra famosa sección, Gounsovski.

—¡Ah!—replicó Gounsovski.—Ya os hice saber que sólo de vos dependía tener un lindo gabinete en la ciudad, y, por añadidura, ricamente amueblado.

Annouchka escupió lo mismo que un carretero, y de amarillo que era, Gounsovski se puso verde.

—Pero ¿por qué te ocultabas, Annouchka?—preguntó la bella Onoto, acariciando las pesadas trenzas de la hermosísima cantante.

—¿No sabes que había sido condenada a muerte e indultada? Si hubiera podido huir a Moscovia, no habría temido ser apresada aquí para ir a gozar las delicias de la Siberia.

—Pero ¿por qué habías sido condenada a muerte?

—¡No lo sabe!—exclamaron los otros.

—¡Señor! Llego de Londres y de París, y no puedo saber nada. ¡Dios mío! ¡Haber sido condenada a muerte! ¡Qué divertido debe de ser eso!

—¡Muy divertido!—dijo Annouchka helada.—Y si tienes un hermano a quien ames, Onoto, piensa cuánto más divertido será que le fusilen en tu presencia.

—¡Oh; perdón, alma mía!

—Para que lo sepáis y en lo sucesivo no causéis pesar a vuestra Annouchka, voy a deciros, señora, lo que le ocurrió a vuestra querida amiga—dijo el príncipe Galitch.

—¡Mejor sería olvidar esos miserables recuerdos!—dijo tímidamente Gounsovski parpadeando detrás de sus lentes.—Pero en seguida bajó la cabeza: Annouchka le abrasaba con la llama de sus ojos.

—¡Habla, Galitch!

El Príncipe tomó la palabra, y dijo:

—Annouchka tenía un hermano, Vlassof, mecánico en la línea de Kazan, a quien el Comité de huelga había encargado de conducir un convoy destinado a salvar en

Moscovia a los principales miembros y a los jefes de la milicia revolucionaria cuando los soldados de Trebassof, ayudados por el regimiento Semenowsky se hicieron dueños de la ciudad. Los últimos que resistían se habían refugiado en la estación. Era preciso partir. Todas las vías estaban guardadas con ametralladoras. ¡Soldados por todas partes! Vlassof dijo a sus camaradas: “¡Yo os salvaré!” Y los camaradas le vieron subir a su máquina con una mujer. ¡He aquí esa mujer! El fogonero de Vlassof había muerto la víspera en una barricada, y Annouchka le reemplazó. Se pusieron a la tarea, y el tren partió como un cohete. En aquella línea sinuosa, completamente descubierta, fácil de atacar y bajo una lluvia de balas, Vlassof desarrolló una velocidad de noventa verstas por hora. Elevó la presión del vapor en la caldera hasta quince atmósferas, hasta cerca de la explosión. La mujer que aquí veis seguía arrojando carbón en el hogar. Menos peligrosas eran las ametralladoras, que la posibilidad de saltar a cada instante. En medio de una lluvia de balas, Vlassof no perdió la sangre fría. Marchaba, no sólo con el cenicero abierto, sino con el sifón sometido a trabajo forzado. Fué milagroso que aquella máquina enfurecida no se estrellase contra los taludes de alguna curva; pero pasó, y ningún hombre fué tocado. No hubo más que una mujer herida, que recibió una bala en mitad del pecho.

—¡Aquí!—exclamó Annouchka.

Y con un gesto magnífico descubrió su blanco y opulento pecho, y señaló en él una cicatriz, que Gounsovski, cuyo sebo comenzaba a fundirse en gruesas gotas de sudor que le corrían a lo largo de las sienes, no se atrevió a mirar.

—Quince días después—continuó el Príncipe—Vlassof entraba en una taberna en Lubetszy. No sabía que

estaba llena de soldados. Su aspecto pareció sospechoso; le registraron, y le fueron ocupados un revólver y algunos papeles, por los cuales supieron de quién se trataba. La presa era excelente. Vlassof fué conducido a Moscovia, y condenado a ser pasado por las armas. Su hermana, herida, que tuvo noticia del arresto, fué en su busca. "No quiero—le decía—dejarte morir solo." También a ella la condenaron. Antes de la ejecución los invitaron a dejarse vendar los ojos; pero se negaron a ello, añadiendo que querían mirar la muerte cara a cara. La orden era fusilar primero a todos los revolucionarios condenados, luego a Vlassof, y después a su hermana. Fué en vano que Vlassof pidiera morir el último. Sus compañeros de ejecución se pusieron de rodillas, y sollozaron antes de morir. Vlassof abrazó a su hermana, y fué a colocarse ante las armas homicidas. Ya en su puesto, se dirigió a los soldados diciéndoles: "Vais a cumplir vuestro deber con arreglo al juramento que habéis prestado. Cumplidlo honradamente, como yo he cumplido el mío. ¡Capitán, a vuestras órdenes!" (1).

Sonó la descarga, y Vlassof quedó de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, sano y salvo: no le había tocado ni una bala. Los soldados no querían volver a tirar de nuevo, y él mismo hubo de exhortarlos a que cumplieran el deber de obedecer a su jefe. Entonces dispararon, y el condenado cayó. Miraba a su hermana con expresión de horrible sufrimiento. Viendo que aún vivía, y queriendo mostrarse caritativo, a ruegos de Annouchka, el capitán se acercó a él, y abrevió su martirio descargándole el revólver detrás de una oreja. Había llegado el

(1) En estos términos se expresó Ouchtefsky antes de morir, y después de realizar empresas idénticas a las de Vlassof.

turno a Annouchka, que por sí misma se colocó junto al cadáver de su hermano, besó sus ensangrentados labios, se levantó y dijo: "¡Estoy dispuesta!" En el momento en que los fusiles se bajaban para apuntarla, llegó un oficial que traía el indulto del Czar. Ella no quería aceptarlo; y no habiendo querido que la atasen para morir, fué preciso hacerlo para que viviera.

En medio de un angustioso silencio, el príncipe Galitch se disponía a agregar algunas palabras de comentario a su siniestro relato; pero Annouchka le interrumpió.

—¡Ahí acaba la historia!—dijo.—¡Ni una palabra más, Príncipe! Si os he pedido que la refiriérais en todo su horror, si he querido revivir ante vosotros el espantoso minuto de la muerte de mi hermano, es para que el señor (y señalaba con la mano a Gounsovski) sepa de una vez para siempre que si he tenido que sufrir en algún momento una promiscuidad odiosa, ahora que he pagado mi deuda aceptando esta cena abominable, nada tengo ya que ver con el proveedor de presidios y verdugos que está presente.

Todos los invitados se levantaron al oír esta invectiva. Sólo Rouletabille continuaba sumido en profundo sueño. Gounsovski temblaba de rabia, y hacía esfuerzos sobrehumanos para no prorrumpir en palabras que luego acaso tuviera que lamentar.

—¡Está loca!—murmuraba.—¡Loca! ¿Qué le pasa? ¡Ayer mismo parecía tan amable!

Y desolado murmuraba con una risa siniestra:

—¡Ah! ¡Las mujeres! ¡Las mujeres! ¿Qué le he hecho yo a ésta?

—¿Qué es lo que me has hecho, miserable? ¿Dónde está Belachof, y Bartowsky, y Strassof, y Pedro Slutch, y todos los compañeros que conmigo habían jurado ven-



gar a mi hermano? ¿Dónde están? ¿De qué horca los has colgado? ¿En el fondo de qué antros los tienes sepultados? Aún sigues desempeñando tu oficio de esclavo; pero mis amigos y yo, los pobres camaradas de mi vida de artista, los jóvenes inofensivos que no habían cometido otro crimen que decirme muy a menudo que era linda y creer que podían conversar libremente en mi casa, ¿dónde están? ¿Por qué me los has arrebatado uno a uno? ¿Por qué han desaparecido? ¡Tú, miserable, eras quien los acechabas, quien los espías, haciendo de mí tu horrible cómplice, sin que yo lo comprendiera, asociándome a tus crímenes, hijo de hiena! ¿Sabes cómo me llaman? Lo sabes desde hace mucho tiempo; ¡y bien que te habrás reído! Pero yo no lo he sabido hasta esta noche; como hasta esta noche no he sabido lo que te debo. ¡Atrapa-moscas! ¡Atrapa-moscas yo! ¡Qué horror! ¡Mal nacido, hijo de hiena! Cuando tu madre te echó al mundo... (Y profirió la injuria más espantosa que un ruso puede lanzar a la cara de un hombre de su raza.)

Temblaba y sollozaba de rabia, escupía su furor, de pie, pronta a partir envuelta en su manto como en una gran bandera roja. Era la estatua del odio y de la venganza. Estaba horrible y terrorífica. Estaba hermosa. Al oír la última suprema injuria, Gounsovski estremeciéndose y saltó como si materialmente hubiese recibido un latigazo. Ya no miraba a Annouchka; sus ojos estaban fijos en el príncipe Galitch, a quien señalaba con la mano.

—¡He aquí—dijo con voz sibilante—quien te ha enseñado tan lindas cosas!

—Yo he sido—dijo el Príncipe tranquilamente.

—¡Caracho!—rugió Gounsovski, que por momentos recobraba la sangre fría.

—¡Ah! ¡Pero a éste no le tocarás!—exclamó la ar-

diente hija de la Tierra Negra.—¡No eres bastante fuerte para eso!

—Ya sé que este caballero tiene muchos amigos en la corte—replicó con asombrosa calma el jefe de la *Okrana*.—No le deseo ningún mal. Habláis, señora, de algunos de vuestros amigos a quienes ha sido preciso sacrificar. Espero que algún día estaréis mejor informada, y comprenderéis que *he salvado a todos los más que he podido*.

—¡Vámonos!—rugió Annouchka.—¡Le escupiría en la cara!

—Sí; a los más que he podido—añadió el otro, haciendo el gesto habitual con que retenía los lentes.—Y continuaré haciéndolo. Os prometo no causar al Príncipe más molestia que a su amigueta la bohemía Catalina, con quien hace un momento se ha mostrado tan generoso, *sin duda porque Boris Mourazof le paga demasiado poco por las correrías que hace todas las mañanas a la quinta de Krestowsky Ostrow*.

Al oír estas palabras, el Príncipe y Annouchka cambiaron de fisonomía. Su cólera se desvaneció. La joven volvió la cabeza como para arreglar los pliegues de su manto; Galitch se limitó a encogerse de hombros con desprecio, a la vez que murmuraba:

—Sin duda se trata de alguna nueva abominación que nos prepararéis, caballero; pero sabremos responder a ella.

Dicho esto, saludó a los concurrentes, tomó el brazo de Annouchka, y la hizo pasar delante de él. La puerta permaneció abierta tras ellos. Gounsovski saludó a su vez inclinándose profundamente. Al erguirse de nuevo contempló a Tadeo Tchitchikoff, Iván Petrovitch y Atanasio Georgevitch, enteramente consternados.

—Señores—les dijo con voz apagada, que no parecía

la suya,—ha llegado el momento de separarnos. No necesito deciros que hemos cenado *como amigos*, y que, si queremos continuar siéndolo, debemos olvidar todo lo que aquí se ha dicho.

Los tres, muy turbados, protestaron de su discrección. Gounsovski añadió rudamente: “¡Servicio del Czar!”, y los tres balbucearon: “¡Que Dios guarde al Czar!” Luego los despidió, y una vez cerrada la puerta, exclamó el jefe de la *Okrana*: “¡Ah, pequeña *Annouchka*; no hay venganza posible sin contar conmigo!” Acto seguido dirigióse al canapé donde se hallaba tendido el olvidado Rouletabille, y le dijo dándole un golpecito en la espalda:

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡No os hagáis más el dormido! ¡No hay minuto que perder! ¡Esta noche ha de resolverse el asunto *Trebassof*!

El periodista se levantó vivamente.

—¡Ah, caballero!—dijo.—No era preciso que me lo dijerais para que yo lo supiera; pero, de todos modos, gracias, y buenas noches.

Y echó a correr.

Gounsovski llamó, y presentóse un *schelavieck*, al cual dió esta orden:

—Di que ya pueden abrir todos los gabinetes de los corredores, y no los retengo más. (Así fueron libertados los amigos que por allí cerca velaban por su seguridad.) Una vez solo, el jefe de la *Okrana* se enjugó la frente, y se

servió un gran vaso de agua helada, que vació de un solo trago. Luego dijo: —Kuprian tendrá ta-

rea esta noche: le deseo buena suerte.

En cuanto a ellos, ocurra

lo que quiera, me lavo

las manos. Y se

las frotó.

## X.—DRAMA EN LA NOCHE

A la puerta de Krestowsky, Rouletabille, que buscaba un *isvotchik*, saltó a una calesa en la cual acababa de montar la bella Onoto. La bailarina le recibió sobre las rodillas.

—¡A Elaguine a todo escape!—gritó el repórter por toda explicación.

—¡Scari! ¡Scari! (¡Aprisa, aprisa!)—repitió Onoto.

Iba acompañada de un personaje indefinido, al cual ni uno ni otra prestaban la menor atención.

—¡Qué noche! Mas ¿qué es eso? ¿No dormíais?—preguntó la bella actriz. Pero Rouletabille, de pie tras el enorme cochero, animaba a los caballos, dirigía la marcha del vehículo, que se internó en las sombras de la noche en una carrera vertiginosa. A la entrada de un puente mandó parar. Los caballos se detuvieron humeantes, y relincharon encabritados. El repórter dió las gracias, saltó en las tinieblas, y desapareció.

—¡Qué país! ¡Qué país! ¡Caramba!—exclamó la artista española.

El coche se detuvo algunos minutos, y luego regresó hacia San Petersburgo.

Rouletabille se había apeado a la orilla del ribazo, y lentamente, tomando infinitas precauciones para no descubrir su presencia con el más leve ruido, avanzó hacia